

Padre Eterno, que no lo sufráis ya Vos: atajad este fuego, Señor, que, si quereis, podeis.

4. Mirad, que aún está en el mundo vuestro Hijo: por su acatamiento cesen cosas tan feas, y abominables, y sucias; y por su hermosura, y limpieza, que no merece estar en casa á donde hay cosas semejantes. No lo hagais por nosotros, Señor, que no lo merecemos, hacedlo por vuestro Hijo. Pues suplicaros que no esté con nosotros, no os lo osamos pedir; pues Él alcanzó de Vos, que por este dia de hoy, que es lo que durare el mundo, le dejádeses acá, y porque se acabaría todo. ¡Qué sería de nosotros, que si algo os aplaca, es tener acá tal prenda! Pues algun medio ha de haber, Señor mio, póngale vuestra Majestad.

5. ¡Oh mi Dios, quién pudiera importunaros mucho, y haberos servido mucho, para poderos pedir tan gran merced, en pago de mis servicios, pues no dejais ninguno sin paga! Mas no le he hecho, Señor, ántes por ventura soy la que os he enojado de manera que, por mis pecados, vengan tantos males. ¿Pues qué he de hacer, Criador mio, sinó presentaros este Pan sacratisimo, y aunque nos le distes, tornárosle á dar, y suplicaros, por los méritos de vuestro Hijo, me hagais esta merced, pues por tantas partes lo tiene merecido? Ya Señor, ya Señor, haced que sosiegue este mar; no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mio, que perecemos.

CAPITULO XXXVI.

Trata de estas palabras: DIMITTE NOBIS DEBITA NOSTRA.

1. Pues viendo nuestro buen Maestro, que con este manjar celestial todo nos es fácil, sinó es por nuestra culpa, y que podemos cumplir muy bien lo que hemos dicho al Padre, de que se cumpla en nosotros su voluntad, dícele ahora, que nos perdone nuestras deudas, pues perdonamos nosotros. Y así, prosiguiendo en la oracion, dice estas palabras: «Y perdonadnos, Señor, nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Miremos, hermanas, que no dice como

perdonarémos, porque entendamos, que quien pide un don tan grande como el pasado, y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, que ya esto ha de estar hecho. Y así dice: «Como nosotros las perdonamos.» Así, que quien de veras hubiere dicho esta palabra al Señor, *Fiat voluntas tua*, todo lo ha de tener hecho, con la determinacion al ménos. Veis aquí cómo los Santos se holgaban con las injurias y persecuciones, porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían. ¿Qué hará una tan pobre como yo, que tan poco ha tenido que perdonar, y tanto hay que se me perdone? Señor mio ¿si habrá algunas personas que me tengan compañía, y no hayan entendido este punto? Si las hay, en vuestro nombre les pido yo, que se les acuerde desto, y que no hagan caso de unas cositas que llaman *agravios*, que parece que hacemos casas de pajitas, como niños, con estos puntos de honra.

2. ¡Oh, váleme Dios, hermanas, si entendiésemos qué cosa es honra, y en qué está perder la honra! Ahora no hablo con vosotras, que harto mal sería no tener ya entendido esto, sinó conmigo, el tiempo que me precié de honra, sin entender cómo era, íbame á el hilo de la gente. ¡Oh, de qué cosas me agraviaba, que yo tengo vergüenza ahora! Y no era, pues, de las que mucho miraban en estos puntos, mas no estaba en el punto principal; porque no miraba yo, ni hacía caso de la honra que tiene algun provecho, porque ésta es la que hace provecho al alma. Y qué bien dijo quien dijo, que honra y provecho no podían estar juntos, aunque no sé si lo dijo á este propósito: y es al pié de la letra, que el provecho del alma, y esto que llama el mundo honra, nunca pueden estar juntos. Cosa espantosa es ver qué al revés anda el mundo. ¡Bendito sea el Señor, que nos sacó dél! Plega á su Majestad, que esté siempre tan fuera desta casa, como está ahora, porque Dios nos libre de monasterios á donde hay puntos de honra: nunca en ellos se dará mucho á Dios.

3. Mas mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio, tambien inventa las honras en los monasterios, y pone sus leyes, que suben y bajan en dignidades, como los del mundo, y ponen su honra en unas cositas que yo me espanto. Los letrados deben de ir por sus letras que esto no lo sé: el que ha llegado á leer teología, no ha de bajar á leer filosofía,

que es un punto de honra, que está en que ha de subir y no bajar: y aún en su seso, si se lo mandase la obediencia, lo ternía por agravio, y habría quien tornase por él, y diría que es afrenta, y luego el demonio descubre razones, que, aún en la ley de Dios, parece lleva razón. Pues entre monjas la que ha sido Priora, ha de quedar inhabilitada para otro oficio más bajo; un mirar en la que es más antigua, que esto no se nos olvida, y aún á las veces parece que merecemos en ello, porque lo manda la Orden. Cosa es para reír, ó para llorar, que lleva más razón: sé que no manda la Orden, que no tengamos humildad. Mándalo, porque haya concierto; mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de Orden, como de otras cosas della, que por ventura guardaré imperfectamente: no esté toda nuestra perfeccion de guardarla en esto, otras lo mirarán por mí, si yo me descuido. Es el caso, que, como somos inclinados á subir, aunque no subiremos por aquí al cielo, no ha de haber bajar.

4. ¡Oh Señor mio! ¿Sois Vos nuestro dechado y Maestro? Sí por cierto: ¿pues en qué estuvo vuestra honra, honrado Maestro? No la perdistes, por cierto, en ser humillado hasta la muerte, no, Señor, sinó que la ganásteis para todos. ¡Oh! Por amor de Dios, Hermanas, que llevaremos perdido el camino si fuésemos por aquí, porque va errado desde el principio. Y plega á Dios que no se pierda algun alma por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra: y vernemos despues á pensar que hemos hecho mucho si perdonamos una cosita destas, que ni era agravio, ni injuria, ni nada; y, muy como quien ha hecho algo, vernemos á que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado. Dadnos, mi Dios, á entender, que no nos entendemos, y que venimos vacías las manos, y perdonadnos Vos por vuestra misericordia.

5. Mas qué estimado debe ser del Señor este amarnos unos á otros; pues pudiera el buen Jesús ponerle delante otras cosas y decir: Perdónanos, Señor, porque hacemos mucha penitencia ó porque rezamos mucho, y ayunamos, y lo hemos dejado todo por Vos, y os amamos mucho; y porque perderíamos la vida por Vos, y como digo, otras muchas co-

sas que pudiera decir, sinó solo porque perdonamos. Por ventura, como nos conoce por tan amigos desta negra honra, y como cosa más dificultosa de alcanzar de nosotros, la dijo, y se la ofrece de nuestra parte.

6. Pues tened mucha cuenta, hermanas mías, con que dice: «Como perdonamos,» ya como cosa hecha, como he dicho. Y advertir mucho en esto, que, cuando destas cosas acaecen á un alma, y en oracion, que he dicho de contemplacion perfecta, no sale muy determinada, y si se le ofrecen lo pone por obra de perdonar cualquier injuria, por grave que sea, no sólo estas naderías que llaman injurias, no fie mucho de su oracion, que al alma á quien Dios llega á sí en oracion tan subida, no llegan, ni se les da más ser estimada, que no. No dije bien, que si da, que mucha más pena le da la honra que la deshonor, y el mucho holgar con descanso, que los trabajos. Porque, cuando de veras les ha dado el Señor aquí su reino, ya no le quiere en este mundo; y para más subidamente reinar, entiende que es este el verdadero camino, y ha visto por experiencia el bien que le viene, y lo que se adelanta un alma en padecer por Dios. Porque por maravilla llega su Majestad á hacer tan grandes regalos, sinó á personas que han pasado de buena gana muchos trabajos por Él; porque, como dije en otra parte deste libro, son grandes los trabajos de los contemplativos, que así los busca el Señor gente experimentada.

7. Pues entended, hermanas, que, como estos tienen ya entendido lo que es todo, en cosa que pasa no se detienen mucho. Si de primer movimiento da pena una gran injuria y trabajo, aún no lo há bien sentido, cuando acude la razón por otra parte, que parece que levanta la bandera por sí, y deja cási aniquilada aquella pena, con el gozo que le da ver que le ha puesto el Señor cosa, en que en un día podrá ganar más delante de su Majestad de mercedes y favores perpétuos, que pudiera ser que ganara él en diez años con trabajos que quisiera tomar por sí. Esto es muy ordinario, á lo que yo entiendo, que he tratado muchos contemplativos, que, como otros precian oro y joyas, precian ellos los trabajos (1), porque tienen

(1) Y entre ellos S. Juan de la Cruz con su célebre frase: *¡Padecer por Vos, y ser despreciado!*

entendido que esto los ha de hacer ricos. Destas personas está muy lejos estima suya de nada, gustan que entiendan sus pecados, y de decirlos cuando ven que tienen estima dellos. Así les acaece de su linaje, que ya saben que en el Reino que no se acaba no han de ganar por aquí: si gustasen ser de buena casta, es cuando para más servir á Dios fuera menester; cuando nó pésales que los tengan por más de lo que son, y sin ninguna pena desengañan, si nó con gusto. Y el caso debe ser que, á quien Dios hace merced de tener esta humildad y amor grande á Dios, en cosa que sea servirle más, ya se tiene á sí tan olvidado, que aún no puede creer que otros sienten algunas cosas, ni lo tiene por injuria.

8. Estos efectos, que he dicho á la postre, son de personas y almas llegadas más á perfeccion, y á quien el Señor muy ordinario hace mercedes de llegarlos á Sí por contemplacion perfecta. Mas lo primero, que es estar determinado á sufrir injurias, y sufrirlas aunque sea recibiendo pena, digo que muy en breve lo tiene quien tiene ya esta merced del Señor de llegar á union; y, que si no tiene estos efectos ni sale muy fuerte en ellos de la oracion, crea que no era la merced de Dios, sinó alguna ilusion del demonio, porque nos tengamos por más honrados. Puede ser que al principio, cuando el Señor hace estas mercedes, no luégo el alma quede con esta fortaleza, mas digo que, si las continúa á hacer, que en breve tiempo se hace con fortaleza, y, ya que no la tenga en otras virtudes, en esto de perdonar, sí.

9. No puedo yo creer que el alma que tan junto llega de la mesma misericordia, á donde conoce lo que es, y lo mucho que le ha perdonado Dios, deje de perdonar luégo con toda facilidad, y quede allanada en quedar muy bien con quien la injurió; porque tiene presente el regalo y merced que le ha hecho, á donde vió señales de grande amor, y alégrase que se le ofrezca en qué le mostrar alguno.

10. Torno á decir, que conozco muchas personas que las ha hecho el Señor merced de levantarlas á cosas sobrenaturales dándoles esta oracion ó contemplacion que queda dicha, y, aunque las veo con otras faltas é imperfecciones, con esta no he visto ninguna, ni creo la habrá, si las mercedes son de Dios, como he dicho. El que las recibiere mayores, mire en sí

cómo van creciendo estos efectos, y, si no viere en sí ninguno, témase mucho, y no crea que esos regalos son de Dios, que siempre enriquece el alma á donde llega. Esto es cierto, que aunque la merced y regalo pase presto, que se entiende espacio en las ganancias con que queda el alma. Y como el buen Jesús sabe muy bien esto, determinadamente dice á su Padre Santo que perdonamos á nuestros deudores.

CAPITULO XXXVII.

Dice la excelencia de esta oracion del *Pater noster*, y como hallaremos de muchas maneras consolacion en ella.

1. Es cosa para alabar mucho al Señor cuán subida en perfeccion es esta oracion evangelical, bien como ordenada de tan buen Maestro; y así podemos, hijas, cada una tomarla á su propósito. Espántame ver, que en tan pocas palabras está toda la contemplacion y perfeccion encerrada, que parece no hemos menester otro libro, sinó estudiar en este. Porque hasta aquí nos ha enseñado el Señor todo el modo de oracion y de alta contemplacion, desde los principiantes á la oracion mental, y de quietud y union, que á ser yo para saberlo decir, se podía hacer un gran libro de oracion sobre tan verdadero fundamento. Ahora ya comienza el Señor á darnos á entender los efectos que deja cuando son mercedes tuyas, como habeis visto.

2. Pensado he yo cómo no se habia su Majestad declarado más en cosas tan subidas y oscuras, para que todos las entiésemos; y hame parecido que, como habia de ser general para todos esta oracion, que, porque pudiese pedir cada uno á su propósito y se consolase, pareciéndonos le damos buen entendimiento, lo dejó así en confuso para que los contemplativos, que ya no quieren cosas de la tierra, y personas ya muy dadas á Dios, pidan las mercedes del cielo, que se pueden por la gran bondad de Dios dar en la tierra: y los que aún viven en ella (y es bien que vivan conforme á sus estados) pidan tambien su pan, que se han de sustentar sus casas, y es muy justo y santo, y así las demás cosas conforme á sus necesidades. Mas miren que estas dos cosas, que es darle nuestra

voluntad y perdonar, que es para todos. Verdad es que hay más y ménos en ello, como queda dicho: los perfectos darán la voluntad como perfectos, y perdonarán con la perfeccion que queda dicha: nosotras, hermanas, harémos lo que pudiéremos, que todo lo recibe el Señor. Porque parece una manera de concierto, que de nuestra parte hace con su Eterno Padre, como quien dice—Haced Vos esto, Señor, y harán mis hermanos estotro.

3. Pues á buen seguro que no falte por su parte ¡oh que es muy buen pagador y paga muy sin tasa! De tal manera podemos decir una vez esta oracion, que, como entienda no nos queda doblez, sinó que haremos lo que decimos, nos deje ricas. Es muy amigo tratemos verdad con Él tratando con llaneza y claridad, que no digamos una cosa y nos quede otra; siempre da más de lo que pedimos. Sabiendo esto nuestro buen Maestro, y que los que de veras llegasen á perfeccion en el pedir, habian de quedar tan en alto grado con las mercedes que les habia de hacer el Padre Eterno, y entendiendo que los ya perfectos ó que van camino dello (que no temen ni deben, como dicen, tienen el mundo debajo de los piés, contento el Señor dél) como por los efectos que hace en sus almas, pueden tener grandísima esperanza que su Majestad lo está, y que embebidos en aquellos regalos, no querrian acordarse que hay otro mundo ni que tienen contrarios. ¡Oh Sabiduría eterna! ¡Oh buen enseñador, y qué gran cosa es, hijas, un buen maestro sábio, temeroso, que previene á los peligros! Es todo el bien que un alma espiritual puede acá desear, porque es gran seguridad.

4. No podría encarecer con palabras lo que importa esto. Así que, viendo el Señor que era menester despertarlos, y acordarlos que tienen enemigos, y cuán más peligroso es en ellos ir descuidados, y que mucha más ayuda han menester del Padre Eterno, porque caerán de más alto, y para no andar engañados sin entenderse, pide estas peticiones tan necesarias á todos, mientras vivimos en este desierto, que son: «Y no nos traigas, Señor, en tentacion, mas líbranos de mal.»

CAPITULO XXXVIII.

Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar al Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: ET NE NOS INDUCAS IN TENTATIONEM, SED LIBERA NOS A MALO; y declara algunas tentaciones: es de notar.

1. Grandes cosas tenemos aquí que pensar y que entender, pues lo pedimos. Ahora mirad, hermanas, que tengo por muy cierto los que llegan á la perfeccion, que no piden al Señor los libre de los trabajos, y de las tentaciones y peleas, que este es otro efecto muy cierto, y grande de espíritu, y del Señor, y no ilusion en la contemplacion y mercedes que su Majestad les diere; porque, como poco há dije, ántes los desean y los piden, y los aman. Son como los soldados, que están más contentos cuando hay más guerra, porque esperan salir con más ganancia: si no la hay, sirven con su sueldo, mas ven que no pueden medrar mucho. Creed, hermanas, que los soldados de Cristo, que son los que tienen contemplacion, no ven la hora que pelear. Nunca temen mucho enemigos públicos; ya los conocen, y saben que, con la fuerza que en ellos pone el Señor, no tienen fuerza, y que siempre quedan vencidos, y ellos con gran ganancia: nunca los vuelven el rostro. Los que temen, y es razon teman siempre, y pidan los libre el Señor dellos, son unos enemigos traidores, unos demonios que se transfiguran en ángel de luz: vienen disfrazados, hasta que han hecho mucho daño en el alma no se dejan conocer; sinó que nos andan bebiendo la sangre y acabando las virtudes, y andamos en la misma tentacion, y no lo entendemos.

2. Destos pidamos, hijas, y supliquemos muchas veces en el *Pater noster*, que nos libre el Señor, y que no consienta andemos en tentacion, que nos traigan engañadas, que se descubra la ponzoña, que no nos escondan la luz. Y á la verdad, ¡oh con cuánta razon nos enseña nuestro buen Maestro á pedir esto, y lo pide por nosotros! Mirad, hijas, que de muchas maneras dañan, no penseis que es sólo en hacernos entender, que los gustos que pueden fingir en nosotros, y regalos son de Dios. Este me parece el ménos daño en parte que